

BIENER
- MADRID -



SEGUNDA SERIE.—1837.

Augusto establece en Lion el gobierno de las Galias.

AÑO XV. 16.

AUGUSTO EN LAS GALIAS.

Los franceses tienen el nombre de *francos* de un pueblo germano que mientras permaneció en las Galias sin mezclarse á ellos los miró como romanos. Estos á su vez mientras fueron sus dueños los llamaron gaulas; en fin, no es seguro que los galos, que eran una aglomeracion de razas que habian acudido de todos los puntos cardinales, se hubiesen dado nunca este nombre genérico bajo el cual los conocemos. Sea de esto lo que fuere, los germanos, los romanos, los gaulas les han dado cada uno su sangre y su espíritu; los germanos un poco de lo uno y de lo otro, los romanos y los gaulas respectivamente mucho mas del uno que del otro; por la carne y las inclinaciones de la naturaleza, los franceses son galos, por la educacion romanos, y tanto la educacion vence la naturaleza cuanto que el rasgo mas pronunciado de la historia francesa es el empleo que han hecho de siglo en siglo, de esa parte de herencia que les viene de los romanos. Si se aprecian pues los hechos mas por su consecuencia que por su causa jamás ha habido momento mas solemne para la nacion francesa que aquel en que la Galia fué dotada de las instituciones romanas.

Recibió este presente de manos del emperador Augusto. Cuando los romanos habian dominado un país, si eran bastante clementes para no vender como esclavos á los habitantes, tomaban la nuda propiedad del territorio y dejaban á los vencidos gozar del usufructo mediante una contribucion en especie ó en dinero: esto se llamaba reducir una comarca á provincia. Semejante régimen que no constituia sino una situacion precaria, era dura por si misma. Era todavía mas por el uso en que se estaba de renovar todos los años los gobernadores de las provincias. Estos, como pastores de paso, se cuidaban poco de la calidad del ganado y no trataban mas que de esquilmarlo llevándose de ordinario la piel con la lana.

Sin embargo, al decaimiento de la república las ideas en materia de conquista tomaron otra direccion. Hombres generosos pensaron que Roma, en lugar de oprimir á los pueblos, debia tratar de incorporárselos. Julio César era de esta opinion; riguroso hasta la crueldad en tanto que tuvo que combatir á los galos, una vez vencidos los trató con consideracion sin ejemplo. Concedió en masa el derecho de la ciudad romana á un cuerpo de ejército que habia formado de la flor de sus enemigos é introdujo á muchos de sus generales en el senado: en cuanto al resto de la nacion la sometió á un tributo cuya cantidad no pasaba de diez millones de nuestra moneda actual. Prometíase constituir mas tarde el país: empero prevenido por la muerte dejó esta noble tarea á su hijo adoptivo.

Es sabido que el sucesor de César tuvo que ocuparse de muchas cosas antes que de las Galias. Acabó de poner la república romana bajo la autoridad de uno solo: luego, cuando despues de trece años de guerra civil se vió dueño absoluto, acertando á encontrar demasiado pesada la carga que se habia impuesto, dividió con el senado el gobierno de las provincias. Se contentó por su parte con aquellas cuya reciente conquista hacia temer que no pudiesen estar tranquilas sino por una especie de estado de sitio. La

Galia era de este número. Los galos, casi entregados á si mismos despues de la muerte de César, habian vuelto á un estado muy próximo al de la independencia y desgraciadamente tambien al de la mas completa anarquía. Tenian una enfermedad incurable que era no poderse encontrar cuatro reunidos sin dividirse inmediatamente en dos partidos: y mientras se combatian entre si, los bárbaros de la Germania, como tenian de costumbre, habian forzado las fronteras del Rhin.

Augusto acudió para restablecer el orden con tres ejércitos que tuvieron todos que batallar; y despues de restablecida la autoridad romana se dedicó á abrir las grandes vias de comunicacion trazadas muchos años antes por Agrippa. Cuatro anchos caminos enlazados en toda su longitud salieron de Lion para ganar el uno el mar del Norte por Chalons, Langres, Metz, Tréveris, Coblenz y la orilla izquierda del Rhin: el otro el estrecho Británico (paso de Calais,) por Autun, Sens, Beauvais, Bolonia: el tercero atravesando la montaña de la Auvernia y del Lemoisin iba á concluir á la embocadura del Charentais: el último costeara la ribera izquierda del Rhódano é iba á unirse á Tarascon, sobre Narbona y Marsella. Terminando estos trabajos el año 28 antes de Jesucristo, fué el emperador á Narbona donde habia convocado una asamblea general de los delegados de todos los pueblos de la Galia. Segun los medios de comunicacion arregló la organizacion del país. Dejando á un lado la parte meridional que, sometida hacia un siglo se habia plegado de tal modo á los usos y costumbres romanas que pasaba por una provincia de la Italia, dividió el resto (que se llamaba la Galia Cabelluda) en cinco gobiernos, y partió estos gobiernos de tal modo que cada territorio encerrase diferentes razas, conforme al uso de la antigua dominacion fundada sobre la separacion de las razas. Así, á la provincia de Agustania que tenia por límites los frisones y gascones, añadió todo el país contenido entre las montañas de Auvernia y la corriente del Loira. La Galia del centro ó Celta, disminuida en todo esto, lo fué tambien de una parte del terreno que riega el Saona, con el que se aumentó la Bélgica. Esta perdió á su vez el valle del Rhin, cuyo valle suministró el solo, territorio para dos gobiernos, llamados las dos Germanias, donde las fuerzas militares debian encontrarse para impedir el paso del rio amenazado por los bárbaros.

A la cabeza de cada uno de los gobiernos así limitados colocó un legado ó comisario imperial, á la vez general del ejército, prefecto y supremo juez. A cada legado agregó un procurador para la administracion de la hacienda.

Las confederaciones, el patronato de las grandes ciudades sobre las pequeñas, las sociedades armadas, el mantenimiento de las tropas por los hombres ricos, todas las costumbres guerreras que habian hecho temibles á los galos, quedaron abolidas. Cada pueblo debió vivir sobre su territorio sin conocer mas vínculos que las que le unian al imperio. Algunos, bajo el nombre de libres, de aliados, de hermanos, obtuvieron la conservacion de las antiguas leyes: esta fué la recompensa á los servicios prestados en otro tiempo á Julio César; los otros fueron sometidos á un derecho uniforme que era como una transaccion para hacerlos llegar mas tarde al derecho romano. La plebe, mas miserable y casi esclava bajo el régimen galo, fué dedicada á los trabajos de la agricultura, lo que no era mas que

una continuacion de su servidumbre, pero con la ventaja y seguridad en perspectiva para el mayor número de llegar á la libertad por el servicio militar. Los propietarios fueron concentrados en las ciudades para constituir allí la sede civil del imperio y poder ser recompensados por el derecho de ciudad romana. Esta prerogativa tan elevada en los tiempos de Augusto, fué todavía el uso de que se sirvió para desprender á la aristocracia de la reaccion nacional. Comprendiendo que aun no habian llegado los tiempos de combatir de frente el poder del druidismo, se contentó con escluir del derecho de ciudadano á los que seguian sus prácticas. Por último, ordenó un empadronamiento ó censo general de la poblacion y de las propiedades para establecer la contribucion de manera que pudiese aprovechar al imperio y disminuir al mismo tiempo los gastos de la administracion que establecia. El sueldo de las funciones públicas era una indemnizacion sabia destinada á garantizar las provincias de las exacciones que se atribuian á los procónsules de la república.

El emperador, habiendo formado así su constitucion, se puso en camino para llevarla él mismo á las principales ciudades de la Galia, para inspeccionar al mismo tiempo el estado de las poblaciones y de los espíritus, y para dar impulso á los trabajos con los que contaba transformar el país.

Su primera y mas memorable estacion fué en Lion, ciudad enteramente nueva porque no tenia todavía catorce años de existencia, pero ya importantísima como depósito de navegacion interior de los puntos de union de los caminos que unian todos los mares al Mediterráneo. Una parte de los habitantes de Viena, arrojados del país por las discordias civiles, la habian fundado en el sitio de una miserable aldea gala. Habia sido colocado en anfiteatro sobre la falda de la montaña que dominaba la confluencia del Saona y del Rhódano. Augusto, á causa de esta maravillosa posicion, quiso que Lion fuese, no solo la capital de la Céltica sino tambien de la Galia Cabelluda. Instituyó allí bajo la direccion de un procurador general la caja donde los demas procuradores tenian que ir á hacer los pagos: dotóla tambien de su procurador de moneda, estableció una casa de moneda de primer orden con el privilegio de fabricar especies de oro y plata: por último estableció tambien diversos comisarios centrales para los trabajos públicos y el mantenimiento de las tropas. Allí debian tambien reunirse los diputados de todas las ciudades, convocados cuantas veces lo exigiesen las necesidades del país; y para que nada faltase al esplendor de la Roma céltica, el emperador hizo ir allí una colonia militar. Algunos años después la Galia convertia su agradecimiento en un culto público en honor de Augusto. Lion fué el centro de aquella

nueva religion. Un inmenso altar acompañado de dos columnatas monumentales se levantó enfrente de la ciudad en la confluencia de los dos rios: sesenta estatuas alegóricas á la Galia Cabelluda rodeaban el monumento y perpetuaban el recuerdo de las sesenta ciudades que habian contribuido á su creacion. Durante tres siglos los sacerdotes augustales acudieron allí á celebrar anualmente sacrificios en medio del inmenso concurso de pueblo que atraia la solemnidad.

Aunque los galos tenian gran facilidad para contraer nuevas costumbres, cosa que admiraba á los antiguos, apenas creyeron lo que veian sus propios ojos; el éxito que coronaba la obra de Augusto. Treinta años después de la reunion de Narbona no era conocida la Galia. Los bosques habian caido ó se habian convertido en espaciosos caminos; se habian desecado las lagunas por todas partes y se abrian caminos con paradas de posta, almacenes y posadas para los viajeros por doquier; los rios eran surcados por escuadras comerciales, y el campo estaba embellecido por las sabias disposiciones con que los retóricos de la lengua romana habian escrito los preceptos. Las ciudades habian cambiado de sitio, habian bajado al pie de la eminencia fortificada en otro tiempo por la grosera industria de los habitantes: solo se veian ciudades á la latina elegantemente rodeadas de muros abiertos con arte monumental, llenas de edificios donde se ostentaban las magnificencias del arte griego y romano con templos, thermas, circos y anfiteatros. Y por estos inmensos trabajos, todas las personas notables de la nacion habian adquirido el derecho de ciudadano romano, y las poblaciones urbanas avanzaban de dia en dia en la libertad civil, y el guerrero humor de los galos se habia aplacado hasta el extremo de que mil ochocientos soldados bastaban para guardar el interior del país. Así, después que el emperador Claudio abrió á aquellos nuevos romanos la carrera de los honores, uno de sus delegados pudo decir sin temor de ser desmentido: «amad, saboread con placer esta paz y esta constitucion de que gozamos con igual título nosotros los vencedores y vosotros los vencidos.»

Si, la Galia se elevó en menos de un siglo á la misma altura que la Italia; si, debió este beneficio á la política de los Césares; pero al mismo tiempo recibió el germen de muerte que se hallaba para las provincias en el fondo de la constitucion del imperio. Provista de todo cuanto necesitaba para prosperar bajo una enérgica y fuerte tutela, no aprendió nada de lo que hubiera podido continuar su felicidad, relajándose los resortes que la contenian, y su educacion política á la que debia el ser, debia costarla mas de mil años de convulsiones y desfallecimiento á los que es un milagro que haya podido resistir la Galia.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

SIERRA DOS ORGAOS.

AMÉRICA MERIDIONAL.

La Sierra Dos Orgaos es una rama de la cordillera que se ve prolongar á lo largo de O. á S., desplegándose

sobre la orilla del Rio Janeiro, San Pablo y Santa Catalina. Sobre toda la parte inmediata al Rio Mecacu, es donde se alza el mayor número de aquellos inaccesibles picos, afectando de lejos la forma de un órgano. El mas alto tiene nada menos que tres mil seiscientos seis pies sobre el nivel del mar, y entre los que guardan esta gran propor-

cion, hay picos donde el atrevido pie del cazador ó del naturalista no ha podido trepar hasta su cumbre. Situada unas doce leguas de Río Janeiro, la cordillera de los Organos ha sido muchos años un sitio de peregrinacion para las personas cuya salud ha padecido mucho por los calores tropicales del Brasil, que llegan á toda su intensidad durante diciembre, enero y febrero. Los europeos sobre todo, sienten allí renacer su salud, y encuentran un clima análogo al de la Sicilia, ó de nuestra Andalucía. Si admitimos, por ejemplo, que el calor medio es de veinte y tres grados en Río Janeiro, el sábio doctor Sigam prueba, que casi siempre en la cordillera de los Organos hay siete ú

ocho de diferencia; y si en muy raros intervalos se han visto caer granizos en la capital, este fenómeno se renueva con mas frecuencia, sin duda alguna, en la localidad cuya vista reproducimos en uno de sus puntos mas característicos. No podemos admitir, sin embargo, con cierto escritor, que aun los pitones mas bajos de la sierra de los Organos estén cubiertos de nieve, y hayan presentado el contraste de su cima emblanquecida por los hielos con las colinas ricamente cubiertas de vegetacion en la region inferior. Este fenómeno solo ha sucedido en el valle do *Principe* y en Nova-Friburgo, en 1851.

Al negar que jamás haya habido hielo en los lugares en



La sierra Dos Organos.—(América Meridional).

que algunos espíritus prevenidos han visto brillar nieve en los sitios en que acabamos de citar, prueba que la sierra Dos Organos es donde se forman esas tempestades que vienen á caer de cuando en cuando sobre la ciudad del Río. En esta sierra sopla ese viento reparador, designado por los habitantes bajo el significativo nombre de Vento Terral, y que ejerce tan feliz influencia sobre la situacion higiénica de la ciudad. Gracias al delicioso fresco que se goza en esta parte privilegiada de la provincia, un hábil horticultor, pensó hace algunos años hacer tentativas de aclimatacion, y el éxito sobrepusó sus esperanzas. Pocos meses bastaron para que la mayor parte de los vegetales euro-

peos colocados bajo el clima feliz de Mines y Geraes, vienesen á mezclar sus flores y sus frutos con la *Flora* y la *Pomona*, tan ricas en aquellas regiones tropicales. A fuerza de bien entendidos cuidados, mister Masesh llegó á obtener escelentes cerezas, peras, manzanas, que no ceden en esquisito gusto á las mejores de Europa. El beneficio del horticultor inglés ha sobrevivido, y gracias al clima excepcional de la *Serra Dos Organos*, los frutos que acabamos de citar, se mezclan de tiempo en tiempo en la mesa del rico con el manga, originario de la India, y el arases, que los habitantes primitivos del Brasil cultivan ya. Las fresas de nuestros bosques unen su perfume al de los arases y los

pitanguos rojos, y el melocoton de carne firme, introducido hace largo tiempo en Occidente al lado del *caja*, de cáscara lisa y amarillenta, del maracujé, cuyo gusto recuerda al de la ciruela; de la cambuca, cuyo jugo acidulado tiene el olor del albaricque; del jabuticabe, cuyos abundantes racimos suministran un fruto tan refrigerante. Los brasileños también recuerdan con placer al conde de Gestas, francés, que había hace treinta y cinco años enriquecido á Rio Janeiro con las mejores legumbres y algunos frutos de Europa, cuando una muerte deplorable interrumpió el curso de sus felices tentativas de aclimatación.

Nada diremos sobre la maravillosa riqueza natural re-

servada todavía en la Serra Dos Orgaos, á investigaciones del botánico: sobrepuja á cuanto se puede imaginar. Garner, que fué durante algunos meses huésped de ella, pinta con el mayor entusiasmo aquellas hermosas soledades que han permanecido en el recuerdo de muchos viajeros, cual la tierra de promisión del botánico. Desde el año 1557, un antiguo colono francés, Riches, decia enfrente de aquella montaña cuando todavía no existía Rio Janeiro: «Todo es tan salvaje, que si el Maestro Juan, demostrador de las yerbas estuviese aquí, no lo podría lograr.»

Segun estas palabras, vemos que aquellas ricas campiñas no han variado en nada.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

ANGELA SALVIANI.

Sobre las orillas del Arno, en esa fértil campiña que separa á Pisa de Florencia, las dos mas hermosas ciudades de la Italia central, veíase á fines del siglo XV, y principios del XVI, una casa de campo cuya arquitectura contrastaba singularmente con todas las habitaciones aisladas que se hallaban en aquella época sobre las crestas de todas las colinas. Aquí, nada guerrero anunciaba la morada de un poder feudal: la gracia había presidido á todas las construcciones. El parque era sombrío, y plantado para dar de un solo golpe todos los placeres del paseo. Jamás las músicas guerreras ó de caza habían resonado en la espesa bóveda de aquellos árboles poblados de una multitud de aves que podían á su placer revolotear, cantar, vivir, amar, en aquel asilo cuya seguridad nada venia á turbar.

Tenia la casa un aspecto tranquilo y reposado que hacia creer en la felicidad. El arquitecto que la había edificado, se había complacido en su obra. Por todas partes había prodigado las maravillas que son el encanto de la vida pacífica. Se debía en aquel retiro, mejor que en un claustro, vivir á cubierto de las inquietudes y de los pesares. Así en efecto, se deslizaba la vida en la casa de Angelo Salviani, rico mercader florentino, que la había hecho construir cuando resolvió abandonar los negocios comerciales para pasar pacíficamente los días que le quedaban, con su mujer, compañera fiel despues de veinte años de sus trabajos, y de su hija única Angela, que muy pronto iba á cumplir quince años.

Tomada su resolución, nada había costado al mercader de Florencia llevarla prontamente á cabo. Pero la muerte había caminado mas resueltamente todavía que los numerosos obreros empleados en la construcción de la casa de las orillas del Arno, y arrebató á Salviani antes que hubiese descansado ni una sola noche bajo el techo que debía, lejos de todos los rumores y tumultos, abrigar sus días.

Fiel al último pensamiento de su esposo, su viuda se apresuró á liquidar la casa de comercio, á realizar considerables riquezas, y á ir á encerrarse en su nueva casa, no teniendo por compañeros de retiro sino á algunos ser-

vidores íntimos, que hacia largo tiempo formaban parte de su familia, ni mas consuelo que su hija Angela, desde entonces el único afecto de corazón.

Tres años despues de la muerte de Salviani, en nada se había alterado aquella manera de vivir, ni nadie se quejaba de la determinación tomada: todo el mundo era feliz, amos y criados. Las noticias exteriores no venian á turbar la calma de aquel bendito retiro: hubiérase dicho que era un fresco oasis protegido contra toda invasión por las arenas que le rodeaban. Angela llegaba á sus diez y ocho años.

Era una jóven adorable, que todos los días á la vista maravillada de su madre, crecía en gracia y belleza. Seguramente si hubiera habitado en Florencia, largo tiempo habría que hubiese tenido una numerosa corte de amantes, y jóvenes y ancianos, los mas hermosos, los mas ricos, los mas nobles, hubieran solicitado el honor de llevarla al altar, la felicidad de poner en su dedo el anillo nupcial, y mas todavía el placer de hacer sentir en aquel corazón virginal su primera emoción de amor. Todo en Angela extasiaba: sus ojos de azul celeste, tenían la lánguida expresión que conviene á la oración, ó á la expansión de dos corazones que se aman. Su perpétua sonrisa rodeaba como de una aureola la pura frente y todas las facciones de su rostro. Por último, los movimientos del cuerpo eran dulces y ondulantes. Era la gracia de las antiguas ninfas, reunida á la decencia de las vírgenes cristianas.

Y todo esto no tenia para ser admirado, mas que un ojo de una madre, ese ojo que admiraría aun la fealdad.

Una tarde mientras todo descansaba en aquella campiña, entre Pisa y Florencia, las dos ciudades italianas mas agitadas de aquella época, el criado que habitaba un pabelloncito cerca de una puerta que se abría sobre el parque, se despertó sobresaltado. Una banda de caballeros acababa de hacer alto en la campiña, y los caballos pateaban y relinchaban mientras que los ginetes hablaban en voz alta.

—Maldita tarea, decia uno de estos hombres, no llegaremos antes del alba delante de esa puerta infernal: y si nos sorprenden de día en la llanura, podemos considerar como perdida la expedición.

—Creedme, monseñor, decia otra voz; tiempo es aun

de reflexionar y de salir de un mal paso. Obrar como vos lo haceis, es jugar todas las probabilidades de la fortuna á un golpe de dado.

—¿Qué importa, Rodolfo? Si el golpe del dado se gana, se tiene su fortuna hecha en una noche; y una noche rápidamente pasa: despues no hay mas que conservar la posición. Esto es mas fácil que conquistarla. Creedme, he pasado mas de una noche en madurar el proyecto que ejecutamos.

—A vuestro gusto, monseñor. Además, mejor que yo debéis saber lo que os han prometido vuestros amigos de Florencia, y mejor todavía sobre todo, si están en estado de cumplirlo.

—En cuanto á eso, si salimos mal no tendremos que echarnos la culpa mas que á nosotros. La culpa será nuestra, ó mas bien de esta noche de verano tan corta, en que el sol sale apenas, se ha puesto.

—Pongámonos, pues en camino, y alarguemos la brevedad de la noche con nuestra celeridad.

—Eso se llama hablar, Rodolfo: mereceriais mandarnos.

Dicho esto, los ginetes volvieron á montar en sus caballos, y un instante despues el oído mas atento no hubiera podido distinguir mas que un confuso ruido en lontananza.

El criado había oído todo lo que se había dicho. Al pronto había temido una sorpresa nocturna, y su primer movimiento había sido despertar á sus amas; pero tranquilizado pronto con la conversacion de los caballeros, juzgó inútil avisarlas antes del día siguiente, del peligro imaginario que habían corrido. Sin embargo, su imaginación escitada quiso conocer los sucesos que pasaban en Florencia. A la mañana siguiente supo diestramente hacerse mandar á la ciudad, y allí supo cuál era aquella banda de caballeros que había turbado su sueño. Por un atrevido golpe de mano, á la cabeza de algunos de sus partidarios, Pedro de Médicis había querido volver á entrar en Florencia, de donde se hallaba desterrado, y debía presentarse á las puertas antes de salir el sol.

Pero la noche fué demasiado corta; llegaron demasiado tarde, y el golpe de mano se frustró.

Averiguado esto, el servidor de la casa de Salviani llevó mas adelante sus pesquisas, y así supo que Florencia estaba en conmoción por las elocuentes predicaciones de un fraile dominico, el prior del convento de San Marcos, Gerónimo Savonarola. No se hablaba en la ciudad mas que de lo que había dicho el fraile en el púlpito de la catedral, y todos á porfía alababan el saber, la elocuencia, la austeridad, la virtud del prior de San Marcos. La ciudad estaba enamorada de aquel hombre que algunos años mas tarde debía dejar conducir á la hoguera.

Hecha su provision de noticias, volvió el criado á la casa de las orillas del Arno, y encontró á sus amas ocupadas como todos los días. Poco curiosas por naturaleza las dos mugeres, no vieron que el criado, no obstante su experimentada fidelidad, tenia gran comezon en la lengua de contar todo lo que había sabido, y turbar aquel retiro por el eco de rumores exteriores. Angela, menos todavía que su madre, deseaba saber lo que pasaba fuera de la casa de campo; porque nada todavía la ocupaba de lo que interesa el corazón de las jóvenes doncellas. No tenia ningun recuerdo bien vivo de su existencia florentina, y desde su retiro ningun afecto había entrado en su corazón. Puede

decirse que no quedaban huellas ya del paso de Pedro de Médicis, cuando un día á la mitad de él vinieron á llamar á la puerta del parque cerca de la que se habían detenido los ginetes en aquella memorable noche.

Por casualidad el criado se hallaba en el pabellon. Corrió asustado á la puerta del parque.

—¿Quién es? gritó desde la otra parte de la pared, y sin abrir la puerta.

—En nombre de Dios, cualquiera que seais, abrid; va en ello la vida de un hombre.

El criado reconoció aquella voz. Era la del hombre que Pedro de Médicis llamaba Rodolfo, y que daba tan prudentes consejos al desterrado florentino. El criado vaciló un instante, pero muy pronto recordando que muchas veces había visto á los Médicis en casa de su difunto amo, olvidó los tímidos consejos de la prudencia, y abrió la puerta lo bastante para dejar penetrar un hombre en el parque.

No necesitó mas Rodolfo: se escurrió como un reptil, y cuando oyó el chirrido de los cerrojos de la puerta detras de él, volviendo y cogiendo la mano del antiguo criado:

—¿Quien quiera que seais, gracias todavía! le dijo: me salvas la vida, con tal que encuentre en tu casa un pedazo de pan para aplacar mi hambre, un vaso de agua para apagar mi sed, y una hora de descanso.

—No teneis que dar gracias; son inútiles al que ha hecho una buena acción no oyendo mas que la voz de su corazón. Venid conmigo á ese pabellon que habito: allí encontrareis todo lo que os es necesario.

—Bendito seais, anciano, continuó Rodolfo: por tu buena acción tan digna y santamente verificada. La bondad es rara hoy, y tú eres bueno. Así cree en el eterno reconocimiento de Rodolfo Rinuccini.

—¿Rodolfo Rinuccini, decís? Que, ¿ya tan grande y tan fuerte? ¿Ya mezclado en todas nuestras tempestades, tomando su parte en todas las luchas, en todas nuestras discordias civiles?.... ¿No me conocéis?.... Bien lo veo. Sin embargo, ¿cuántas veces cuando érais niño habeis jugado sobre mis rodillas?.... ¡Oh! venid, venid á reparar vuestras fuerzas agotadas, y á tomar descanso.

Asombrado de aquella cordial acogida Rodolfo, se dejó llevar por el anciano tratando de buscar en sus facciones un rostro conocido. Pero no le ayudaba su memoria: por mas que apelase á sus recuerdos, aquella cabeza le era totalmente desconocida.

—Ya lo veo, dijo el anciano, despues de haber colocado delante de Rodolfo todo lo que necesitaba para apagar el hambre y la sed. Tratais de reconocerme, y no lo lograis. ¿Tanto he envejecido en veinte años, que los niños, á los que he enseñado á andar, ya no me conocen?.... Pero no hablemos de eso; respondedme con franqueza: ¿es la casualidad la que os ha conducido á esta puerta? Respondedme, Rodolfo: sería horrendo engañar á un anciano.

—Por Dios, y por mi fé de cristiano y de hombre de bien, os juro que ignoro dónde estoy.

—Os creo, Rodolfo, y me alegro mucho que la casualidad os haya conducido á casa de amigos.

—¿Dónde estoy, pues? Enteradme, porque lo ignoro. Enmedio de los hombres y de los sucesos, se pierde fácilmente la memoria de los rostros; pero el corazón sabe y guarda la memoria de los nombres.

—Estais en la casa de la viuda de Angelo Salviani, el sobrino de vuestro padre Giacoppo.

—Entonces me retiro, dijo bruscamente Rodolfo levantándose de la mesa. La prima ha renunciado al mundo por vivir en la soledad, y no es justo que el mundo venga á turbarla ni á incomodarla.

—¿Qué decís, Rodolfo? No podéis ahora salir de este territorio. La puerta que sabéis no puede ser abierta sino por mí, y yo no la abriré á esta hora ante vos. Además, ¿quién sabe? En estos tiempos de agitaciones y de revueltas, es preciso aguardarlo todo, y tal vez hay para vos peligro de muerte en la campiña. La prima de Angelo Salviani, primo de vuestro padre, jamás me perdonaría si os sucediese una desgracia, y si supiese que habia podido evitar esta desgracia uno de sus servidores. Aquí estais en un asilo donde nadie puede pensar en venir á buscaros. Aquí os ha traído la Providencia como por la mano. Dejáos salvar, Rodolfo, aprovechaos del reposo que se os ofrece: tal vez es esta vuestra felicidad.

El anciano criado de los Salviani habia nacido en Siena. Tenia en su voz esas melodiosas notas que persuaden y nos hacen fijar un oído atento á toda consideración.

Los habitantes de Siena han gozado en todos tiempos de este feliz privilegio. Su lengua es la mas hermosa de todas las que se hablan en Italia. Así jamas hemos visto disputas entre ellos, y muchas veces han servido de mediadores en las discordias que de muy antiguo han tenido todas las ciudades italianas.

Escuchaba Rodolfo lo que decia aquel hombre de cabellos blancos, que habia mecido en su niñez su cuna, é involuntariamente entraba la persuasión en su corazón. Si se ha de decir todo, estaba muy cansado de una ardiente carrera al través de los campos, para huir de encarnizados enemigos, y sus miembros agotados de cansancio le aconsejaban durante algunas horas el reposo.

Creyó conciliarlo todo diciendo al anciano:

—Amigo, sé que la viuda de Angelo Salviani no negaría un asilo á su primo Rinuccini, pero bueno es que yo lo pida. Acepto su hospitalidad por algunas horas: buscaré el descanso que tan imperiosamente reclama mi cuerpo; empero despues me devolveras mi libertad. Es preciso que yo no imponga un deber á la viuda de Angelo Salviani.

—Se hará como deseais, Rodolfo, respondió el servidor: esta casa es la vuestra.

E indicando al joven la estera que le servia de cama, pareció aconsejarle que buscara allí un sueño reparador.

El joven, sin quitarse los vestidos, se arrojó sobre la grosera estera, y algunos instantes despues dormía profundamente.

El anciano criado se aprovechó de aquel sueño para correr á la casa de campo, y prevenir á su señora de lo que pasaba en el extremo de aquel parque, y al mismo tiempo ponerla al corriente de los últimos sucesos de Florencia, y explicarle como el joven Rinuccini habia venido á su casa, buscando un asilo á la ventura en la campiña del Arno.

Apenas habia oído la viuda de Angelo Salviani lo que le decian, cuando quiso ella misma ir á buscar á su primo. Los Rinuccini eran una de esas honrosas casas con las que todas las poderosas familias florentinas se envanecían y estaban satisfechas de estar aliadas. En las tormentas po-

líticas, ora tomasen partido, ora permaneciesen neutrales, eran siempre estimadas y consideradas al igual de las primeras y mas respetables. Tanto se honraba su carácter y costumbres.

No sin trabajo el anciano servidor, detuvo el primer movimiento de su ama, representándola que era preciso dejar gozar al joven de aquel sueño de que tanta necesidad tenia, y que luego debía confiar á una inteligente casualidad la ocasion de encontrarle en el parque. Bastaba un poco de buena voluntad para hacer prontamente nacer aquella ocasion; y el anciano servidor se encargó de este cuidado.

Arreglado este programa, cada cual volvió á sus ocupaciones cotidianas, y aguardaron.

A la hora en que la madre y la hija daban su paseito habitual por el parque, es decir, cuando el sol se hallaba en su declive, no enviando mas que rayos oblicuos á través de las hojas, Angela y su madre, cogiendo flores y platicando alegremente, se bajaron hasta el pabellon donde descansaba Rodolfo Rinuccini. Angela marchaba cual una doncella indiferente que jamas ha visto mas horizonte que el hogar doméstico, ni soñado mas felicidad que la de estar al lado de su madre, felicidad tranquila y dulce que no turba ninguna de las amarguras de la vida.

El parque de la casa de Salviani se hallaba muy irregularmente plantado. Las calles corrían entre los árboles dando mil rodeos, y formando mil caprichosos recodos. Así entre dos bosques de olivas, se hizo del modo mas natural del mundo el encuentro de Rodolfo Rinuccini.

Enteramente repuesto con algunas horas de descanso, el joven respiraba el aire fresco y embalsamado de la tarde en un cenador de laureles. Su frente habia perdido sus cuidadosas arrugas, y el ojo no veía mas que la varonil y vigorosa pureza de sus líneas, admirablemente en armonía con el conjunto de todo su rostro. Vestido con la riqueza de la moda del tiempo, Rinuccini era de una estatura elevada, bien cortado, y de una musculatura poderosa que anunciaba el hombre propio para toda clase de luchas. Aunque sus vestidos estaban cubiertos de polvo, no podia equivocarse el vestido un instante: aquel encaje todo hecho pedazos, pero de admirable punto de Venecia, no podia ser llevado sino por un patricio.

Hablaba Rodolfo de una cosa y otra con el anciano criado que le habia recogido en aquel sagrado dominio, cuando de repente vió á dos pasos de sí á la viuda de Angelo Salviani y á su hija. Imposible le era retroceder; imposible huir. Se vió precisado el joven á tener firmeza, á aceptar el suceso que se le presentaba. Levantóse del asiento de césped en que se hallaba debajo del cenador, y parecia buscar las palabras para disculparse, cuando la viuda de Angelo:

—¡Ah! mi primo, Rodolfo Rinuccini, exclamó: sois muy amable en haberos acordado de que vivian en este apartado rincón del campo florentino dos pobres mugeres reclusas, y haber venido al menos por algunos días á traernos el encanto de vuestra compañía.

—Os pido perdon, replicó Rodolfo, confuso por aquella acogida, y haber entrado casi ocultamente sin avisarlo antes: es un proscripto el que ha llamado á la primera puerta que ha encontrado en el camino. Esta puerta ha sido hospitalaria: era la vuestra.

—De cualquier modo que hayais entrado en mi casa, sois siempre bien venido. Y ahora que os tenemos, ya os sabremos guardar bien. Mi hija une sus instancias á las mías. Vamos, primo, haced callar un momento vuestro orgullo, que os aconsejaria lo contrario: dejaos convencer por dos mugeres de vuestra familia, y consentid en participar con nosotras la soledad del campo durante algunos dias.

—¡Y bien, prima mia! si mis ojos no viesen el sol que os ilumina, creeria estar soñando.

—¡Oh! estais perfectamente despierto, Rodolfo. Yo soy vuestra prima la viuda de Angelo Salviani, la que os ruega vengais á su casa.

No podia el jóven resistir á una invitacion tan apremiante. Podia tanto menos hacerlo, cuanto que sin pronunciar una palabra Angela con su radiante virginal belleza, habia por su parte defendido ardientemente la causa de la hospitalidad. Rodolfo se dejó, pues, llevar, y desde aquella tarde se hallaba instalado en un cuarto desde cuyas ventanas se descubrian las admirables perspectivas del valle del Arno.

Las pasiones eran vivas en aquella época; mas vivas todavía en Italia que en parte alguna: pasiones de guerra, de política, y de amor. El corazón rápida y ardientemente se comprometia, y bastaba la mirada de una jóven para quitar su fuerza al hombre mas robusto, y hacerle renunciar á sus mas caras ideas. Será preciso añadir, que ocho dias despues de su entrada en la *Villa Salviani*, Rodolfo se hallaba perdidamente enamorado de su prima Angela, y por nada en el mundo hubiera consentido en abandonar el asilo que con tanta gracia le habian ofrecido. ¡Ay! esta es la eterna historia del corazón humano; y Rodolfo, despues de los fastidios y el cansancio que dejan en pos de sí las luchas políticas, encontrando la calma y la paz de la familia, debia infaliblemente amar á Angela.

No tardó la madre en apercibirse de la impresion que producía su hija sobre Rodolfo, y se alegró muchísimo en su corazón, porque unir Angela á Rinuccini ese habia sido siempre uno de sus sueños. Pues que la familia de los Salviani se hallaba destinada á extinguirse, era imposible encontrar en toda la ciudad florentina un esposo mas digno para la última heredera de este nombre. Tenia Rodolfo todos los talentos que hacian agradables á los jóvenes de aquella época: sabia manejar un pincel tan bien como una espada, y sus dedos herian armoniosamente las cuerdas de una bandolina, para acompañar su voz cuando cantaba una canción de amor. La habitación de Rodolfo pronto se transformó en un taller de pintura: los instrumentos de música no faltaban en la casa de Salviani, y con todos aquellos pasatiempos, los dias pasaban rápidamente en la casa de campo de las orillas del Arno.

Por la primera vez experimentaba Angela emociones que le causaban repentinos éxtasis, y una vez su madre la sorprendió sola en los cenadores del parque, con la imaginación perdida en deliciosos ensueños. La viuda de Angelo Salviani conocía demasiado la vida para equivocar aquellos síntomas. Preguntó á su hija, y Angela le confesó todo lo que sentía, con un raro candor: le confesó que una mirada de su primo la hacia la mas feliz de las mugeres; que con él todo la parecia cien veces mas hermoso en aquella amable naturaleza que la rodeaba: que una flor cogida por su mano, tenia un perfume que ella no encon-

traba en las demas flores del jardín: en fin, todas esas niñerías que son las inefables delicias de los primeros y de los puros amores.

Comprendió la madre todo, y tambien que era preciso apresurarse á terminar un matrimonio providencialmente combinado. Cuando se manifestó á Rodolfo, el jóven no podia creer en su felicidad: creyóse culpable, y habló de alejarse; pero cuando la madre le dijo que consentia voluntariamente en dar su hija al esposo que ella se habia elegido sin conocer nada del amor, estuvo á punto de desmayarse con tan grande noticia.

Durante los dos meses que habia pasado en la *Villa Salviani*, habia perdido completamente de vista los asuntos públicos, y era fácil decidirle á renunciar en lo sucesivo á las luchas civiles.

Los Salviani como los Rinuccini, tenían numerosas relaciones en Florencia en todos los partidos; y las dos casas no tuvieron mas que reunir sus fuerzas apoyadas en la amistad florentina, para hacer borrar del libro del destierro el nombre de Rodolfo. Nada desde entonces se oponia al matrimonio de los dos jóvenes; y un venerable sacerdote de Santa Croce que habia bautizado á Angela, vino á bendecirlos, y á poner en su dedo el anillo nupcial.

Fué un gran dia para las dos familias. Desde el nacimiento de su hija, fué el mas feliz de toda la existencia de la viuda de Angelo Salviani. Aprovechándose del favor que le habian hecho, quiso Rodolfo llevar su jóven esposa á Florencia. Tres dias despues de la bendición nupcial, abandonaron la casa paterna de las orillas del Arno, prometiendo volver con frecuencia á ella á buscar el reposo y la tranquilidad.

¡Angela marchó! la *Villa Salviani* quedó desierta, y sin embargo la imagen de la jóven se hallaba por todas partes en aquella casa, porque Rodolfo no tenia mas dulce ocupación que pintar por todas partes la imagen de la que amaba. Aquel retrato se hallaba en todas las salas de la habitación, y Angela se habia prestado de buen grado á todos los deseos de Rodolfo para ponerse como modelo en todas las actitudes.

El jóven Rinuccini era uno de esos artistas, como se veian entonces muchos en Italia, llenos de fé y de sencillez, pero tambien de gracia y de encanto. Sus cuadros hubieran podido figurar al lado de los de los maestros.

Florencia no era en aquella época la ciudad alegre y encantadora que vemos hoy indolentemente sumergida en su lujo aristocrático, y recibiendo con sonrisa las numerosas colonias de estrangeros que vienen á establecerse en sus muros.

En medio de sus discordias civiles, un fraile de elocuencia apasionada, se habia presentado y habia aparecido en Florencia. Aunque nada fuese en los consejos de la república, puede decirse que Gerónimo Savonarola gobernaba la ciudad. Cuando no hablaba desde lo alto de la cátedra, venian á buscar sus consejos al fondo de su celda, y durante algunos años fué el árbitro soberano de la ciudad. Todo el mundo, amigos y enemigos corrian á oír sus predicaciones. Un vértigo religioso parecia haberse apoderado de todos. No se oía mas que al prior de San Marcos; no se pensaba mas que por él: podia dar libre suelta á su imaginación.

Es preciso encontrar todos estos hechos auténticamen-